

Constanza Michelson en Mamis furiosas

"Las mamás que criamos con apego también nos cansamos". Así se titula un artículo con el que me topo en las redes sociales, y que genera en mí la inmediata pregunta: ¿y cuáles son las madres que crían sin apego? ¿Las que trabajan? ¿Las que no amamantan? ¿Las que no son parte del taller de tal o cual nuevo instructivo *new age* para la maternidad?

Desde hace algún tiempo -y por supuesto que asumo que con las mejores intenciones- ha aparecido esta obsesión por los ¿nuevos? saberes sobre la crianza. Y que en materia de apego, en instituciones relacionadas a niños, claro que hay un tremendo aporte. Que se incorpore la idea de que un bebé abandonado no requiere sólo alimento, sino que también brazos que lo contengan, puede marcar una vida. Sin embargo, no deja de ser llamativo por qué a tantas mujeres jóvenes las ha convocado -a algunas, con alegría, a otras, con mucha ansiedad- la idea de acercarse a una especie de profesionalización de la maternidad, donde se paga incluso por la incorporación de saberes sobre la crianza. ¿Qué nos pasó? ¿Nuestras madres lo hicieron muy mal? ¿Qué queremos evitar a toda costa con nuestros hijos? ¿Qué queremos programar en ellos? ¿Por qué entendimos que hay que leer un manual para criar a un hijo? ¿No es la comunidad en su conjunto la que también aporta al desarrollo de un niño y no sólo una madre?

Lo complejo es que, en algún momento, la teoría del apego pasó de ser un saber de la psicología del desarrollo a una obsesión que hoy se está instalando como operador biopolítico. Lejos de negar la importancia del apego como conducta, me preocupa el modo en que el concepto se instala, ahora como un ordenador de madres: las de crianza con apego, y las otras, las desnaturalizadas. Autodenominación que violenta la diversidad del ejercicio del rol por cierto parcial- maternal de una mujer. Además, alude a una especie de retorno a una naturaleza *versus* la alienación cultural; el problema es que desconoce que este concepto de naturaleza está cargado de ideología, en este caso a una que apunta a qué mujer ser, a cuál es la madre según la norma, el padre según la norma, el hijo *normal*. Todo en un naturalismo de semblante libertario, pero de corazón totalitario. Lo peor es que ha provocado otra fractura más entre las

mujeres, y hay que reconocer que la fraternidad femenina nunca ha sido una cuestión fácil. Ahora estamos las buenas y las malas madres. Sí, en pleno siglo XXI.

Cada mujer puede resolver su maternidad de la mejor forma que pueda, con o sin ayuda. Sin embargo, cooptar la idea de quiénes son las portadoras del bien -llámese apego, crianza consciente o el nombre que se ponga de moda- es una defachatez respecto del saber que cada una de nosotras porta.

Este artículo fue publicado originalmente en el periódico *hoyxhoy*